



# SEGUIDILLAS

## EN SIETE QÜESTIONES,

### ALABANDO UNO Y DESPRECIANDO OTRO

### LAS CALIDADES DE SUS DAMAS.

I.<sup>a</sup>

YO quiero dama esquiva,  
 porque su ceño,  
 lo que gasta en pesares,  
 ahorra de celos.

Que aquestos suelen  
 matar, y los pesares  
 no sé qué tienen.

Yo quiero dama afable,  
 que su cariño,  
 lo que gastase en celos,  
 ahorra en suspiros:

Que es fuerte lance,  
 haber de vivir uno  
 con muchos ayes.



Yo no la quiero afable,  
 que en su delicia  
 será dama de todos,  
 pero no mía.

Y aquesto es, claro,  
 porque dama que à muchos  
 quiere, da palo.

Yo no la quiero esquiva,  
 que sus desguinces  
 un objeto componen  
 aborrecible.

De tal manera,  
 que es mirarse à un espejo  
 sin vidriera.

Si es afable, es mas fácil,

y.



y yo no quiero,  
haya facilidades  
en los intentos.

Esto es constante,  
que hay poca diferencia  
de afable à fácil.

Si es esquiva, es difícil,  
y yo no quiero  
hallar un imposible  
en cada riesgo.

Y es cosa fuerte,  
pudiendo encontrar vida,  
buscar la muerte.

Si es afable en extremo,  
es una puerta  
sin cerrojo ni llave  
para el que llega:

Que con seguro  
fácil hará la entrada,  
yo no lo dudo.

Si es esquiva, es grosera,  
y es desatino,  
pagar con groserías  
lo que la sirvo.

Qué mayor pena,  
que verse despreciado  
quien se desvela!

Es lo esquivo en las damas  
como lo bello:  
una espuela que agita  
mas el deseo.

Pues siempre ha sido  
el desden mayor causa  
para el cariño.

Es lo afable en las damas,  
si bien se mira,  
en el jardin de Vénus  
gusto y delicia:

Donde pesares  
nunca llegan, pues sobra

lo que se sabe.

En fin, Don Juan amigo,  
en qué quedamos?

En que si son extremos,  
ambos son malos.

Pues es sentado,  
que lo bueno excedido,  
no tiene cabo.

II.<sup>2</sup>

Yo quiero dama hermosa,  
porque la dama,  
si le falta lo hermoso,  
qué vale? nada.

Pues la belleza,  
ya se sabe, y es claro,  
lo que se aprecia.

Yo quiero dama fea,  
que su mal ceño,  
entre otras muchas cosas,  
me ahorra el ruego:

Que ocasionarme  
pudiera, siendo hermosa,  
en todo y parte.

Yo apetezco lo hermoso,  
cuyo atractivo  
hace dichoso el ruego  
del mas rendido.

Y es de discretos  
elegir en el gusto  
lo mas perfecto.

Yo apetezco lo feo,  
que en su decoro,  
vivo con mas sosiego,  
porque soy solo.

Y es la hermosura  
un lleno de cuidados  
que el alma abruma.

No quiero dama fea,  
que siente el alma,  
que le mire à uno siempre  
de



de mala cara.

Y aunque no quiera,  
he de pasar la vida  
de esta manera.

No busco dama hermosa,  
porque no quiero  
estar con su hermosura  
siempre en un riesgo.

Que las beldades  
son ladrones que roban  
las voluntades.

Si miras à la fea,  
dice su cara:  
mas quisiera mil riesgos  
que esta desgracia:

Porque lo feo  
es, aunque mas me digan,  
parte de infierno.

Si miras las hermosas,  
todas conformes,  
son un archivo lleno  
de presunciones:

Son un conjunto,  
lleno de vanidades,  
pero de humo.

Yo para mis delicias  
quiero lo bello;  
porque se contradicen  
delicia y feo.

Pues nadie ignora,  
que amar feo y con gusto,  
es fea cosa.

Mas quiero yo lo feo,  
pues dice el alma,  
que tiene mas segura  
la confianza.

Y es evidente,  
que así una vida dulce  
pasarse puede.

Es lo hermoso un compuesto

de tal hechizo,  
que fue siempre la envidia  
de los nacidos.

No me lo nieguen,  
que es constante, à lo hermoso  
todo se debe.

En fin, Don Juan amigo,  
la questão cesa?  
Sí, porque todo es bueno,  
en siendo bellas.

Y solo basta,  
saber que son mugeres,  
para estimarlas.

III.<sup>a</sup>

Yo quiero dama gorda,  
porque la flaca,  
ni es carne ni pescado,  
sino piltrafa.

Y si gordura  
me das (dice un adagio)  
daré hermosura.

Yo quiero dama flaca,  
porque lo gordo,  
ni es pescado ni carne,  
que todo es brodio.

Y si se advierte,  
es cosa que fastidia  
con solo verse.

Yo aborrezco las flacas,  
porque la olla  
nunca tendrá substancia  
sin carne gorda.

Flacas no quiero,  
que substancia no tienen  
para un puchero.

Yo me atengo à la flaca,  
porque se pega  
al afecto que quiere,  
qual sanguiuela.

Pero à la gorda,



como está satisfecha,  
todo le sobra.

Yo no quiero su apego,  
quando su aliño  
parece un esqueleto,  
ò un pergamino:

Que se trasluce,  
y mirando à dos haces,  
horror infunde.

Mucho peor la gorda,  
que con su traza,  
ò ha de ser gigantilla,  
ò gran tarasca:

Que querrá ansiosa  
comerse, como dicen,  
à uno por sopa.

No me hable usted de flacas,  
porque no quiero  
andar como los canes  
royendo huesos.

Que es gran trabajo,  
no poder pasar uno  
tan mal bocado.

Vuélvome à mi flaqueza,  
porque la gorda  
me consume y abrasa,  
y me sufoca:

Lo que la flaca  
no tiene, antes destruye  
mis humoradas.

Oyga usted, de las flacas  
dixo un discreto:  
estas son de la carne  
el contrapeso.

Y yo añadiera:  
tambien son de los huesos  
las contrapesas.

Otro discreto dixo  
à una gordura:  
Dios me libre del vino

de aquesta cuba.

Y anduvo errado,  
porque solo es pipote,  
pero llenado.

Ayer vide à una flaca,  
y dixè: mira,  
esa ni aun servir puede  
para cecina:

Y à buen recaudo,  
si para algo se aplica,  
será à tasajo.

No me hables de las gordas,  
porque en el campo  
parecen los mastines  
de los ganados:

Porque à su ansia  
nada le satisface,  
ni menos basta.

Las flacas en el campo,  
si bien se advierte,  
parecen unas galgas  
que corren liebres:

Que como llevan  
mucho ayre en el cuerpo,  
corren que vuelan.

En fin, amigo Eusebio,  
dime en qué quedas?  
En que flacas y gordas  
todas son buenas:

Pues siempre agradan,  
la gorda, porque es gorda,  
flaca por magra.

IV.<sup>a</sup>

Quiero dama chiquita,  
porque la grande,  
caso que sirva, sirve  
para un gigante.

De estos hay pocos,  
con que el que no lo fuere,  
dará de codo.

Yo



Yo no las quiero chicas,  
que en sus amores  
se bullen y rebullen,  
como ratones.

Esto supuesto,  
preciso es que el amante  
sea de queso.

En siendo pequeña  
qualquiera dama,  
de los pies à cabeza  
es filigrana:

Que lo pequeño,  
como sea pulido,  
no tiene precio.

Si es ayrosa la dama,  
en siendo grande,  
es la mayor delicia  
mirar su talle:

Que ostenta siempre  
un no sé qué de gusto,  
que amor lo entiende.

Una dama muy grande,  
si se repara,  
para pescar à anzuelo,  
es buena caña:

Que à todos prende,  
quando no por pasiva,  
ya usted me entiende.

Una chica parece,  
por lo redonda,  
en el juego de amores  
la perinola:

Y es en substancia,  
un ten con ten del gusto,  
con poca alma.

Caso que yo tuviera  
la dama larga,  
la pusiera por sogas  
à una campana.

Y aun esto es poco,

por ser mas adecuado,  
soga del pozo.

Una dama pequeña,  
es muy notorio,  
que por buena que sea,  
será muy poco.

Porque es negado,  
que en lo pequeño quepa  
grande tamaño.

Digo à una dama grande,  
quando la encuentro:  
Dios guarde à usted mil años,  
señor Sargento.

Mas si se enoja,  
ò le digo : à Dios , largas ;  
ò à Dios , pilonga.

En fin , Don Juan amigo,  
qué determinas ?  
El quererlas à todas,  
grandes y chicas.

Pues se evidencia,  
que de chicos y grandes  
se hace la guerra.

V.<sup>a</sup>

Yo quiero dama tonta,  
que lo entendido,  
si se busca , se encuentra  
en qualquier libro.

Y puede serlo,  
siempre que se le antoje,  
como él , discreto.

Yo la quiero discreta,  
que lo discreto  
le da mayor realce  
à todo objeto.

Que la ignorancia,  
si tiene objeto alguno,  
será en desgracia.

Yo la quiero muy tonta,  
que en qualquier tema,

mu-



mucho mejor es tonta,  
que bachillera.

Dónde hay paciencia  
para oír à una dama  
que todo es lengua?

Yo la quiero discreta,  
que en todo lance  
la muger entendida  
dos veces sabe.

Pero la tonta,  
à tontas, lo que sabe,  
dice, y à locas.

Mejor es ignorante,  
que si se aferra  
en defender su honra,  
no hay quien la venza.

Que en este lance,  
tanto vale una tonta  
como un diamante.

Bien haya una discreta,  
que su discurso,  
en todo acaso y lance  
sirve de mucho.

Y en las materias  
que el amor proporciona,  
quita las penas.

Yo me atengo à la tonta,  
que en todo caso,  
ni sabe ni discurre  
lo que yo hago.

Mas la discreta,  
como todo lo nota,  
todo lo cuenta.

Mejor es la discreta,  
que advierte y sabe  
de qué ocasion y riesgos  
ha de guardarse:

Que no son pocos  
los que amor ocasiona  
por varios modos.

Mejor es dama tonta,  
para que ignore  
los ardidés y trazas  
que amor esconde.

Que siendo tantos,  
se ofrecen tropezones  
à cada paso.

Mejor es entendida,  
para que sepa  
las traiciones y engaños  
que amor encierra.

Pues su discurso  
desatará prudente  
qualquiera nudo.

Mejor es una tonta,  
que nunca entiende  
la máxima del otro,  
que bien la quiere.

Y hablando claro,  
no hay querer por el tiple  
sin contrabajo.

En este caso, Eusebio,  
dime, en qué quedas?  
En querer à las tontas,  
y à las discretas:

Pues bien se sabe,  
que en discretas y tontas  
de todo cabe.

VI.<sup>a</sup>

Yo quiero dama blanca,  
que el blanco siempre  
hace hermoso el objeto  
que le posee.

Ningun testigo  
para esto se requiere,  
que yo lo digo.

Yo la quiero morena,  
que lo moreno  
tiene dos mil sazones  
para su dueño.

Tan



Tan cierto es esto,  
que el que lo contradiga,  
diré que es necio.

No la quiero morena,  
porque aunque fina,  
es una media esclava  
de quien la mira.

Y es una tacha,  
que por mas que se encubra,  
sale à la cara.

No me hables de blanca,  
que no la quiero,  
porque dama de nieve  
siempre es un hielo:

De que yo saco,  
será dama de invierno,  
no de verano.

Sentado lo moreno  
en qualquier rostro,  
es contrario atributo  
para lo hermoso:

De que se sigue,  
que hermosura y moreno  
se contradicen.

Mira una dama blanca,  
que sus colores  
regularmente encubren  
imperfecciones:

Que à no tenerlas,  
del arrebol gastaran  
mas las morenas.

No la quiero morena,  
que al arrimarme,  
el blanco de mi acto  
puede tiznarse:

Lo que no pasa,  
ni jamás ha pasado  
por muger blanca.

Yo no la quiero blanca,  
porque es gran chasco,

al ver sus floxedades,  
quedarme en blanco:

Y es gran desgracia,  
el haber de pasarlo  
con una blanca.

Una dama morena  
siempre parece  
dama de chocolate,  
con que me muele:

Porque su ceño,  
como no da en el blanco,  
tira à moreno.

Una dama, señores,  
quando es muy blanca,  
por mas que se sazone,  
es sopa enagua.

Nadie lo niegue,  
que ya he dicho, es la blanca  
dama de nieve.

Es la blanca, si sale  
à los pensiles,  
envidia de azucenas  
y de jazmines.

Esto lo pruebo,  
por lo que dicen todos:  
con que callemos.

La morena en el prado  
con tantas sales,  
hasta el viento la envidia  
gracia y donayre:

Y esto se prueba  
con que todos lo dicen;  
y así se observa.

La questão concluida,  
qué es lo que mandas?  
Que las quieras à todas,  
negras y blancas:

Sin mas razones,  
que ver que todas tienen  
dos mil primores.

Yo



VII.<sup>2</sup>

Yo quiero dama rica,  
que nadie niega,  
que tener dama rica,  
es conveniencia:

Y es de dos modos,  
uno por su belleza,  
y otro del oro,

Yo quiero dama pobre,  
porque se dice,  
que la rica es soberbia,  
la pobre humilde.

Pues he gustado,  
siempre estar satisfecho,  
pero no harto.

Pobre no he de admitirla,  
que es la pobreza  
desdicha de desdichas,  
quando no afrenta:

Y en este estado,  
un hombre se ve expuesto  
siempre à trabajos.

Rica yo no la quiero,  
que es desarino,  
querer mandar por rica  
en mi alvedrío:

Sin que le basten  
razones, pues lo rico  
tiene ley grande.

En mi opinion no cedo,  
pues nadie niega,  
que es una dama pobre  
peor que fea.

Y estar se sabe  
siempre la dama pobre  
de mal semblante.

Yo no la quiero rica,  
que dice à gritos:  
tú qué traxiste? nada,  
que todo es mio.

Siendo la gracia,  
el que ha de pasar todo  
por su aduana.

Es la rica à la pobre  
tan ventajosa,  
que quanto à una le falta,  
à otra le sobra.

Y es una cuenta,  
que la práctica misma  
nos da la prueba.

Una dama muy rica  
siempre es entera,  
lo que la pobrecita  
es alhagüeña.

Y esto no puede  
suceder con la rica,  
que enseña el diente.

No quiero dama pobre,  
que la pobreza  
trae siempre à las casas  
dos mil quimeras.

Y se confirma,  
que donde harina falta  
todo es mohina.

De qué sirve la rica,  
si en su riqueza  
nunca encuentro otra cosa  
que desvergüenza?

De buen tamaño,  
que una rica es soberbia;  
mas al contrario.

Y por fin de quèstiones,  
qué determinas?

El quererlas à todas,  
pobres y ricas.

Pues todas ellas,  
sean ricas ò pobres,  
siempre son buenas,